

**Carmilla**

---



## PRÓLOGO

En un documento adjunto al relato que sigue, el doctor Hesselius<sup>1</sup> ha escrito una nota harto elaborada en la que hace referencia a su ensayo acerca del extraño tema sobre el que el manuscrito en cuestión arroja luz<sup>2</sup>.

Aborda este misterioso asunto con su habitual erudición y lucidez, así como con notable franqueza y concisión. Constituirá, apenas, un tomo dentro de las obras completas de este hombre extraordinario.

Dado que, en este volumen, publico el presente caso tan solo para llamar la atención de los «profanos», no me adelantaré en nada a la inteligente dama que lo relata; y, tras un preciso examen de la cuestión, he decidido abstenerme de incluir cualquier *précis*<sup>3</sup> a partir de los razonamientos del sabio doctor, como tampoco subrayaré extracto alguno de su exposición sobre un fenómeno, que, de acuerdo con su interpretación, «probablemente tenga que ver con algunos de los más profundos secretos de nuestra existencia dual y de sus estados intermedios».

---

<sup>1</sup> Se trata del doctor Martin Hesselius, experto en fenómenos ocultos, primer detective sobrenatural dentro de la historia de la literatura.

<sup>2</sup> Es esta una variante del recurso literario del manuscrito encontrado, que se usó en los siglos xv y xvi, especialmente en los libros de caballerías, y cuyo legado llega hasta nuestros días.

<sup>3</sup> Vocablo de origen francés: resumen, recuento de los aspectos más destacados.

Al descubrir este documento, sentí el ferviente deseo de reanudar la correspondencia iniciada hace ya años por el doctor Hesselius con una persona tan inteligente y meticulosa como parece haber sido su informante. Sin embargo, y con gran pesar, supe que, en dicho intervalo de tiempo, la dama había muerto<sup>4</sup>.

Probablemente, poco habría podido añadir ella al relato que expone en las páginas que siguen con, hasta donde yo puedo juzgar, minuciosidad tan concienzuda.

---

<sup>4</sup> Consecuentemente, tanto para el editor como para el lector, es la voz de una difunta la que narra el relato principal, como si de la enunciación de una «resucitada» se tratase, aspecto este curiosamente afín al contenido característico de toda historia de vampiros.

## Capítulo I

## UN PRIMER ESTREMECIMIENTO

En Estiria<sup>1</sup>, a pesar de no ser el nuestro, en modo alguno, un origen de abolengo, vivimos en un castillo o *schloss*. En esta parte del mundo, una renta modesta da para mucho. Ochocientas o novecientas libras al año resultan más que provechosas. Por contra, con esos mismos ingresos, apenas habríamos podido contarnos entre los ricos allá en nuestro país de origen. Mi padre es inglés, como mi apellido, aunque yo nunca he estado en Inglaterra<sup>2</sup>. Con todo, aquí, en este lugar apartado y primitivo en el que todo es tan increíblemente barato, no concibo modo en el que el dinero podría aumentar nuestras comodidades o lujos.

Mi padre prestó servicio en el ejército austríaco y, tras retirarse, adquirió —gracias a su pensión y patrimonio— esta residencia feudal y la pequeña propiedad en la que se encuentra. Toda una ganga.

No puede haber nada más pintoresco o solitario. El castillo se erige sobre una suave colina, que domina el bosque. El camino,

---

<sup>1</sup> Región situada en Europa Central, al sur de la actual República de Austria.

<sup>2</sup> La historia reincide constantemente en la dialéctica entre lo familiar y lo extraño, la supuesta protección que ofrece el ámbito doméstico frente a la enajenación contagiosa que viene de fuera.

muy viejo y angosto, pasa frente a su puente levadizo, que jamás he visto levantado, y ante su foso, poblado de percas, en cuya superficie nadan los cisnes y flotan las blancas corolas de los nenúfares. Dominando este conjunto, se levanta la inmensa fachada del *schloss*, provista de innúmeras ventanas, sus torres y su capilla gótica. Frente a la verja del castillo, el bosque se extiende en un claro muy pintoresco e irregular, mientras que, a la derecha, la carretera discurre por un empinado puente gótico, tendido sobre un riachuelo que serpea, adentrándose en las densas sombras de la foresta. He dicho que es un lugar muy solitario. Juzgad vos<sup>3</sup> si digo la verdad. Mirando desde la puerta principal hacia el camino, el bosque en el que se yergue nuestro castillo se extiende quince millas<sup>4</sup> a la derecha y doce a la izquierda. El pueblo habitado más próximo se encuentra a una distancia aproximada de siete millas inglesas hacia la izquierda, mientras que el *schloss* más cercano con cierta relevancia histórica es el del general Spielsdorf, a unas veinte millas en sentido contrario.

He precisado «el pueblo habitado más próximo» ya que, a tan solo tres millas hacia el oeste, es decir, en dirección al castillo del general Spielsdorf, hay una aldea en ruinas, con su original y menuda iglesia, ahora sin techo. En su nave se encuentran las enmohecidas y desmoronadas tumbas del ínclito linaje de los Karnstein, extinto ya, ese que, otrora, poseyese el igualmente desolado *château*<sup>5</sup> que, desde la espesura del bosque, contempla las silentes ruinas del pueblo.

Respecto a la causa que motivó el abandono de este singular y melancólico paraje, existe una leyenda que os relataré en otra ocasión.

---

<sup>3</sup> Traducimos el destinatario «you» del original por «vos».

<sup>4</sup> Medida de longitud del sistema anglosajón. Una milla equivale a 1.609,344 metros.

<sup>5</sup> Castillo, como significado más habitual y específico de la palabra en inglés.

Ahora debo indicaros cuán exiguo es el número de habitantes de nuestro castillo. Excluyendo a los sirvientes y a los subalternos que ocupan estancias en los edificios anexos al *schloss*, solo estamos —¡asombraos!— mi padre, el hombre más bueno sobre la faz de la tierra, aunque de edad bastante avanzada, y yo, que en el momento en que ocurrieron los hechos que voy a narrar tenía, apenas, diecinueve años. Ocho, en concreto, han pasado desde entonces.

Mi padre y yo constituíamos toda la familia del *schloss*. Mi madre, una dama estiria, falleció siendo yo aún niña<sup>6</sup>, pero tuve una bondadosa aya que me custodió, podría decirlo así, desde mi más tierna infancia. No hay recuerdo del ayer que no esté vinculado, como imagen familiar, a su benevolente y regordeta faz. Era Madame Perrodon, natural de Berna, cuyos cuidados y afable temperamento compensaron, al menos en parte, la ausencia de mi madre, a quien ni siquiera recuerdo, pues la perdí prematuramente. Ella era el tercer comensal, a la hora de cenar, en nuestra modesta mesa. Había un cuarto, Mademoiselle De Lafontaine, una de esas damas a las que llamáis «institutrices de refinamiento». Hablaba francés y alemán mientras que Madame Perrodon se defendía con el francés y chapurreaba el inglés. Mi padre y yo añadíamos el inglés, que hablábamos a diario, en parte para evitar perder la costumbre de usarlo y también por razones patrióticas. En consecuencia, la casa era como una Torre de Babel que solía hacer reír a los forasteros aunque no intentaré reproducir dicho particular en este relato. Contábamos, además, con otras dos o tres damas

---

<sup>6</sup> Dentro de la literatura decimonónica, son varios los ejemplos de niñas o muchachas cuya orfandad, especialmente de madre, las lleva a enfrentarse a la soledad y a circunstancias adversas varias, protagonizando ritos de iniciación que conducen a la madurez. Entre ellas, destaca Jane Eyre, protagonista de la obra homónima de Charlotte Brontë (1847).

amigas, de edad par a la mía, que nos visitaban ocasionalmente durante períodos más o menos largos, deferencia que yo devolvía, en ocasiones.

Estas eran nuestras relaciones sociales del día a día aunque, naturalmente, también recibíamos visitas imprevistas de «vecinos» que vivían a tan solo cinco o seis leguas a la redonda. Con todo, mi vida era bastante solitaria, os lo aseguro.

Mis *gouvernantes*<sup>7</sup> tenían sobre mí tanto control como se podría esperar de personas sensatas que han de encargarse de una muchacha más bien consentida cuyo único progenitor le permitía hacer su voluntad en prácticamente todo.

El primer acontecimiento de mi existencia que dejó en mi mente una impresión terrible y que, aún hoy, permanece indeleble fue uno de los primerísimos incidentes de mi vida que puedo recordar<sup>8</sup>. Habrá quien lo considere tan trivial como para ni siquiera consignarlo en este relato. Comprenderéis, llegado el momento, por qué lo menciono. La habitación de los niños, como la llamaban, aunque era toda para mí sola, era una amplia estancia en el piso superior del castillo, con un techo de roble abuhardillado. No debía tener yo más de seis años cuando, una noche, me desperté y, mirando en derredor desde mi cama, me percaté de que la doncella que cuidaba de mí no estaba en la habitación. Tampoco vi a mi aya por lo que me sentí sola. No me asusté pues yo era una de esas criaturas afortunadas que, debido al deliberado anhelo y empeño de sus protectores, ignoraba todo cuanto tuvie-

---

<sup>7</sup> Nuevamente, palabra de origen francés (en plural): institutriz, persona encargada del cuidado, tutela y educación de un/a niño/a.

<sup>8</sup> La narradora —que aún no ha desvelado su nombre— se dispone a relatar el hecho fundamental de la historia. En realidad, todo el relato constituye un rito de iniciación sexual para Laura.

se que ver con historias de fantasmas, cuentos de hadas y todas esas leyendas populares que hacen que nos ocultemos bajo las sábanas cuando la puerta cruje de repente o cuando el titilar de una vela presta a consumirse hace bailar sobre la pared, próxima a nuestra mirada, la sombra de uno de los pilares del lecho. Me sentí molesta y ofendida al hallarme, según me pareció, abandonada, y empecé a gimotear, a punto de sobrevenirme un violento arranque de alaridos. Para mi sorpresa, vi entonces un rostro solemne, aunque muy hermoso, que me miraba desde uno de los costados de la cama. Era la faz de una joven dama arrodillada que ocultaba las manos bajo la colcha. Le devolví la mirada con una especie de plácido asombro y dejé de gimotear. Me acarició con sus manos, antes de tenderse a mi vera, sobre el lecho, y atraerme hacia ella, sonriendo. De inmediato, me sentí deliciosamente reconfortada y volví a quedarme dormida. Desperté al sentir como si dos agujas se me clavaran profundamente y al mismo tiempo en el pecho y proferí un grito muy acentuado. La dama retrocedió, sin dejar de mirarme, y a continuación se deslizó hacia el suelo y me pareció verla esconderse debajo de mi cama<sup>9</sup>.

Era la primera vez que sentía miedo y grité con todas mis fuerzas. La niñera, la doncella, el ama de llaves, todas acudieron de inmediato y, al atender a mi historia, coincidieron en restarle importancia, tranquilizándome tanto como les fue posible. Mas, aun siendo solo una niña, pude advertir que sus rostros habían palidecido y mostraban una inusual expresión de ansiedad. Vi que miraban bajo la cama y por toda la habitación, buscando debajo de las mesitas y abriendo de par en par los armarios. El ama de llaves susurró entonces a la niñera:

---

<sup>9</sup> Carmilla representa el desdoblamiento de la madre ausente y la amante demoníaca de lascivia insaciable.

—Palpe ese hueco en la cama; alguien ha estado tendido justo ahí, tan cierto como que no ha sido usted; la zona está caliente todavía.

Recuerdo que la doncella me acarició y que las tres me examinaron el pecho, justamente donde les dije que había sentido el pinchazo, manifestando todas ellas que no había indicio alguno o evidencia de que hubiera sucedido tal cosa.

El ama de llaves y las otras dos sirvientas al cargo de la habitación de los niños permanecieron despiertas durante toda la noche. Y, desde aquel día, una criada veló siempre por mí hasta que cumplí catorce años.

Después de aquello, estuve muy nerviosa durante bastante tiempo de modo que llamaron a un médico, pálido y de avanzada edad. ¡Con qué exactitud recuerdo su alargado rostro saturnino<sup>10</sup>, ligeramente picado de viruelas, sin obviar su peluca de color castaño! Durante una buena temporada, vino cada dos días para administrarme medicinas que, por supuesto, yo detestaba.

La mañana siguiente a la aparición, me encontraba sumida en un estado de pavor límite y no soportaba que me dejaran sola ni un solo momento, ni siquiera a plena luz del día.

Recuerdo que mi padre entró en el dormitorio y, de pie junto a mi cama, comenzó a hablar animadamente, haciendo una serie de preguntas a la niñera y riéndose de buena gana ante una de sus respuestas. Me dio unas palmadas en el hombro, me besó y me dijo que no tuviera miedo, añadiendo que no había sido más que un sueño totalmente inofensivo.

Mas no me tranquilicé, pues sabía que la visita de aquella extraña mujer *en absoluto* había sido un sueño y estaba *terriblemente* asustada.

Me consoló levemente la doncella encargada del cuarto de los niños al asegurarme que había sido ella la que había entrado en el

---

<sup>10</sup> Triste, taciturno.

dormitorio para mirarme y se había tendido junto a mí en la cama; añadió que yo debía haber estado medio dormida para no haber reconocido su rostro. Sin embargo, aun corroborada por la niñera, aquella explicación no me convenció del todo.

Recuerdo que, en el curso de aquel día, un anciano venerable y con sotana negra entró en mi aposento acompañado por la niñera y el ama de llaves, con las que habló brevemente, dirigiéndose a mí también, con afecto expreso; tenía un rostro muy dulce y afable y me dijo que iban a rezar. Juntándome las manos, me rogó que repitiera en voz baja, al tiempo que ellos oraban: «Señor, escucha estas, nuestras plegarias, en nombre de Jesús». Creo que esas fueron las palabras exactas por cuanto a menudo tuvieron eco en mi mente y, durante años, mi niñera tuvo la costumbre de hacérmelas repetir en mis rezos.

Recuerdo perfectamente el rostro dulce y pensativo de aquel anciano de cabellos blancos, ataviado con su sotana negra, mientras permanecía de pie en aquella tosca habitación alta y marrón, rodeado por el desangelado mobiliario de más de trescientos años de antigüedad y la escasa luz que se filtraba al interior en penumbra a través de la pequeña celosía. Se arrodilló, y con él las tres mujeres, y rezó en alto, con voz sentida y trémula, durante lo que me pareció un instante prolongado. He olvidado toda mi vida anterior a aquel acontecimiento y también muchos de los recuerdos posteriores me resultan confusos, pero las escenas que acabo de describir permanecen indelebles como imágenes aisladas de fantasmagoría<sup>11</sup> sobre las que se cierne la oscuridad.

---

<sup>11</sup> Sucesión de impresiones o ilusiones ópticas, propias del delirio, la pesadilla o la alucinación.

## Capítulo II

## UNA HUÉSPED

Os referiré ahora algo tan extraño que necesitaré que pongáis toda vuestra fe en mi veracidad para creerlo. De hecho, la historia en cuestión no solo es cierta sino que es una verdad de la que yo misma he sido testigo.

Era un agradable atardecer de verano cuando mi padre me instó, como solía hacer en ocasiones, a dar un breve paseo por aquel hermoso bosque que, como ya he mencionado, se extendía frente al *schloss*.

—El general Spielsdorf no puede venir a vernos tan pronto como yo esperaba —dijo mi padre mientras proseguíamos con nuestro paseo.

Iba a hacernos una visita de algunas semanas y esperábamos su llegada para el día siguiente. Había anunciado que vendría acompañado de una joven, su sobrina y pupila, Mademoiselle Rheinfeldt, a quien yo jamás había visto, pero que, según había oído decir, era una muchacha realmente encantadora y en cuya compañía había vaticinado yo pasar días felices. Me sentí mucho más desilusionada de lo que pueda imaginarse cualquier joven que viva en la ciudad o en un barrio concurrido. Aquella visita y la amistad que prometía me habían hecho soñar despierta durante varias semanas.

—Y, entonces, ¿cuándo vendrá? —pregunté.

—No llegará hasta el otoño, no antes de dos meses, diría yo —respondió él—. Y me alegro de que no hayas conocido a Mademoiselle Rheinfeldt.

—¿Y por qué? —le pregunté, mortificada a la vez que curiosa.

—Porque la pobre muchacha ha muerto —replicó él—. Me había olvidado por completo de que no te lo había comunicado porque no estabas en la sala cuando recibí la carta del general esta misma tarde.

Aquello me impresionó sobremanera. En su primera misiva, seis o siete semanas antes, el general Spielsdorf había mencionado que su sobrina no se encontraba todo lo bien que él habría deseado aunque nada hacía sospechar que corriese peligro alguno.

—Aquí está la carta del general —me dijo mi padre, entregándomela—. Me temo que está destrozado. Parece haberla escrito sumido en un estado rayano en el desvarío.

Nos sentamos en un banco rústico, a la sombra de unos magníficos tilos. El sol se estaba poniendo, en todo su melancólico esplendor, allá en el horizonte boscoso, y el riachuelo que corre junto a nuestra casa y pasa bajo ese viejo puente empinado al que ya me he referido serpenteaba a través del elenco de majestuosos árboles, reflejando en su corriente, casi a nuestros pies, la tonalidad escarlata evanescente del cielo. La carta del general Spielsdorf era tan singular, tan vehemente y, en algunos detalles, tan contradictoria, que tuve que leerla dos veces —la segunda de ellas, en voz alta, mientras mi padre escuchaba— y aun así fui incapaz de entenderla aunque sí pude concluir que la aflicción había trastornado su mente.

Decía así:

«He perdido a mi amada hija, pues como tal la quería. Durante los últimos días de la enfermedad de mi querida Bertha me fue imposible escribiros. Hasta ese momento, no llegué a comprender el peligro que corría. La he perdido y solo ahora lo entiendo *todo*, si bien demasiado tarde. Murió en la paz de la inocencia y con la gratificante esperanza de una bienaventurada posteridad. El demonio que traicionó nuestra ciega hospitalidad ha sido la

causa de todo. Creí que acogía en mi casa a la inocencia, a la dicha, a una encantadora compañera para mi desafortunada Bertha. ¡Cielo santo! ¡Qué iluso he sido! Doy gracias a Dios de que mi niña muriera sin la menor sospecha de la causa de sus sufrimientos. Se ha ido sin intuir siquiera la naturaleza de su mal ni la maldita pasión de quien trajo toda esta desgracia. Consagraré el resto de mis días a dar caza y aniquilar al monstruo. Me dicen que puedo albergar esperanzas de cumplir mi legítimo y piadoso propósito. Por ahora, apenas presiento un leve resquicio de luz que me pueda servir de guía. Maldigo mi soberbia incredulidad, mi despreciable prepotencia, mi ceguera, mi obstinación. Todo... demasiado tarde. En este momento me resulta imposible escribir o hablar con lucidez. Desvarío. En cuanto me haya recuperado un poco, pienso dedicarme durante algún tiempo a investigar y las conclusiones me llevarán, a buen seguro, a Viena. En otoño, de aquí a dos meses, o antes si todavía continúo con vida, iré a veros... siempre que lo tengáis a bien. Os referiré entonces todo lo que ahora no me atrevo a plasmar por escrito. Adiós. Rezad por mí, querido amigo».

Así concluía la enigmática carta. Aunque yo jamás había visto a Bertha Rheinfeldt, los ojos se me llenaron de lágrimas ante la súbita noticia. Me sentía asustada y también profundamente desilusionada.

El sol se había puesto y, asentado ya el crepúsculo, devolví a mi padre la carta del general<sup>1</sup>. Era una atardecida apacible y clara y nos entretuvimos haciendo cábalas sobre el posible sentido de las violentas e

---

<sup>1</sup> Observa la recurrencia de atardeceres, los enmarques de luz ausente o los planos de ruina y desolación, en muchos casos recordatorios apremiantes y premonitorios no solo del paso del tiempo sino del ocaso y fin trágico al que conduce la transgresión de los principios morales. Es todo un imaginario poético de la desintegración.

incoherentes afirmaciones que acababa de leer. Anduvimos todavía una milla hasta llegar al camino que pasa frente al *schloss* y, para entonces, la luna brillaba espléndida. En el puente levadizo, nos encontramos con Madame Perrodon y Mademoiselle De Lafontaine, que habían salido, sin sus tocas, a disfrutar del exquisito claro de luna.

Al acercarnos, las oímos hablar animadamente. Llegamos a su altura en el puente y nos volvimos para admirar, junto a ellas, la hermosa vista.

El claro por el que acabábamos de pasear se extendía ante nosotros. A la izquierda, el estrecho camino discurría bajo los árboles señoriales y se perdía en la espesura del bosque. A nuestra derecha, la misma vereda cruza un alto y pintoresco puente, junto al que se levanta una torre en ruinas que, en otros tiempos, guardaba aquel paso. Al otro lado del puente, se alza una escarpada colina cubierta por árboles, entre cuyas sombras resaltan algunas rocas grises invadidas por la tupida hiedra.

Sobre los prados y las tierras bajas, una fina pátina de niebla se escabullía como humo, marcando las distancias con un velo transparente; y, aquí y allí, podíamos ver el río destellar débilmente a la luz de la luna.

No es posible concebir una escena más dulce o apacible. La noticia que acababa de recibir la hacía melancólica, mas nada podía alterar su profunda serenidad ni el esplendor o vago encanto del panorama.

Mi padre, que apreciaba lo pintoresco, y yo permanecemos contemplando en silencio la superficie que se extendía ante nosotros. A unos pasos por detrás, las dos buenas institutrices hablaban sobre el paisaje, mostrando especial interés por la luna.

Madame Perrodon era gruesa, de mediana edad y romántica; hablaba y suspiraba poéticamente. Mademoiselle De Lafontaine —haciendo justicia a su padre, que era un alemán supuestamente psicólogo, metafísico y algo místico— aseguró que, como era

bien sabido, cuando la luna brilla con una luz tan intensa, dicho fenómeno es signo de una especial actividad espiritual. El influjo de la luna llena con semejante resplandor es múltiple. Actúa sobre los sueños, sobre la locura y la gente nerviosa; ejerce una asombrosa influencia física relacionada con la vida. Mademoiselle contó que su primo, oficial de un buque mercante, había despertado, tras descabezar un sueño en cubierta, tendido boca arriba y bañada su faz por la luz del astro, con las facciones horriblemente contraídas hacia un lado después de soñar que una vieja le arañaba la mejilla. Y su semblante jamás había vuelto a recobrar ya la armonía.

—Esta noche —dijo ella—, la luna está cargada de influjos ódicos<sup>2</sup> y magnéticos... y observen que, si miran a sus espaldas, hacia la fachada del *schloss*, verán cómo brillan y titilan las ventanas con ese resplandor plateado, como si unas manos invisibles hubieran iluminado las estancias para recibir huéspedes espectrales.

Existen estados de ánimo indolentes en los que, sintiéndonos poco dispuestos a hablar, la conversación de otros resulta grata a nuestros oídos desatentos. Yo seguía mirando, complacida por el tintineo de la charla de aquellas damas.

—He caído esta noche en uno de mis estados de abatimiento —dijo mi padre, tras un silencio y, citando a Shakespeare, a quien, con el propósito de practicar nuestro inglés, solía leer en voz alta, dijo:

---

<sup>2</sup> Fuerza odílica o de od, también conocida como «aura», a modo de emanación vital relacionada con la electricidad o el calor que desprenden las personas, las plantas, los animales y las sustancias. Sería la base para explicar el hipnotismo y el magnetismo.

*No sé, en realidad, por qué estoy tan triste:  
Me irrita y a vos también, según decís;  
Mas cómo ha sido —cómo llegó hasta mí<sup>3</sup>.*

—He olvidado el resto —prosiguió—, aunque presiento que una desgracia pende sobre nosotros. Supongo que la afligida carta del general ha provocado esta sensación.

En aquel momento, llamó nuestra atención el insólito ruido de unas ruedas de carruaje y el galope de caballos sobre el camino.

Parecían aproximarse desde la elevación de terreno que domina el puente y la comitiva no tardó en asomar en tropel por aquel punto. Primero cruzaron el puente dos jinetes; luego apareció una calesa tirada por cuatro corceles y dos caballeros más, que cerraban el cortejo<sup>4</sup>.

Se trataba, al parecer, de un carruaje en el que viajaba una persona de rango y todos nos quedamos absortos al contemplar el inusitado espectáculo. En cuestión de unos instantes, la escena cobró aún más interés ya que, habiendo pasado el carruaje la cumbre del empinado puente, uno de los caballos delanteros se desbocó, contagió su pánico a los restantes y, tras una o dos embestidas, todo el tiro se lanzó al galope, de forma desenfundada, e irrumpiendo entre los dos jinetes que cabalgaban en primera fila,

---

<sup>3</sup> Adaptación libre de los primeros versos enunciados por Antonio en *El mercader de Venecia*, de William Shakespeare.

<sup>4</sup> El desdoblamiento y las proyecciones duales tienen mucha importancia en la obra. De ahí la repetición del dos (los dos ojos de la silueta que invade la alcoba de Laura, las dos agujas afiladas y sus correspondientes punzaduras, las dos jóvenes en el escenario de la pasión, etc.).

se precipitó con estruendo mayúsculo por el camino hacia nosotros, con la velocidad de un huracán<sup>5</sup>.

Los manifiestos y prolongados gritos de una voz femenina que provenían de la ventanilla del carruaje hacían aún más dramática la escena.

Todos dimos un paso adelante, llevados por la curiosidad, aunque horrorizados. Yo, en silencio, mientras los demás proferían exclamaciones de terror. Nuestra expectación no duró mucho. Justo antes de llegar a la altura del puente levadizo, en la dirección por la que venía el carruaje, se alza al borde del camino un magnífico tilo y, en el lado opuesto, una vieja cruz de piedra cuya visión hizo que los caballos que iban ya a un paso ciertamente vertiginoso se desviarán bruscamente de tal modo que una de las ruedas del carruaje tropezó con las raíces salientes del árbol<sup>6</sup>.

Imaginé lo que estaba a punto de suceder. Incapaz de mantener la mirada, me tapé los ojos y volví la cabeza; en ese mismo instante, oí gritar a mis acompañantes, que habían avanzado un poco más que yo.

---

<sup>5</sup> El estrépito, estremecimiento y la curiosidad que provoca la súbita aparición del carruaje en escena representa, como la carta del general Spielsdorf o el recuerdo por parte de Laura de ese primer sobresalto en su alcoba, la irrupción de la pesadilla, la transgresión de los límites de lo doméstico y la violentación de la vida aburguesada y serena.

<sup>6</sup> Aunque es un aspecto ciertamente velado en *Carmilla*, la vampira muestra cierto recelo por la religión cristiana, como se percibirá en el episodio en el que se irrita ante los cánticos y rituales que se llevan a cabo en el funeral de la hija de uno de los guardas del bosque. El vampiro se considera una inversión, rayana en lo demoníaco, de Dios y su credo. De ahí su rechazo a la cruz.

La curiosidad me llevó a abrir los ojos de nuevo y, así, pude contemplar una escena de confusión absoluta. Dos de los caballos yacían en el suelo. El carruaje estaba volcado, apoyado sobre uno de sus lados, con dos ruedas girando en el aire. Los hombres se afanaban en retirar los arreos y una dama de expresión y cariz autoritarios había descendido del carruaje y permanecía de pie, inmóvil, con las manos entrelazadas, llevándose de vez en cuando a los ojos un pañuelo que en ellas sostenía. A través de la puerta del carruaje sacaban a una joven, aparentemente sin vida. Mi querido y anciano padre se encontraba ya al lado de la dama de más edad, sombrero en mano, y le estaba ofreciendo, manifiestamente, su ayuda, poniendo el *schloss* y sus recursos a su disposición. La dama parecía no escucharle ni tener ojos más que para la esbelta muchacha que estaban recostando sobre el talud<sup>7</sup> del terraplén.

Me aproximé. La joven parecía haber perdido el conocimiento, pero, indudablemente, no estaba muerta. Mi padre, que se preciaba de tener algunos conocimientos médicos, le colocó los dedos en la muñeca y aseguró a la dama que decía ser su madre que la joven tenía pulso, aunque débil e irregular. La señora juntó las manos y alzó la mirada, abstraída en un momentáneo trance de gratitud; pero, al instante, recayó en esos ademanes teatrales, que, según creo, son innatos en algunas personas.

Para su edad, era lo que se dice una mujer atractiva y debía haber sido hermosa en su juventud. Esbelta, sin ser delgada, vestía terciopelo negro. Su pálida fisonomía no era óbice para que conservara una expresión soberbia y autoritaria, si bien singularmente contraída por la agitación del momento<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Inclinación en un terreno.

<sup>8</sup> A la dualidad entre los referentes asociados a la noche, la sombra o el luto riguroso, y aquellos relativos a la palidez o esencia exangüe, se le añaden contrapuntos de rojo intenso

—¿Ha podido existir acaso alguien más desgraciado? —la oí decir, con las manos entrelazadas, mientras me acercaba a ella—. Heme aquí, en un viaje de vida o muerte, en el que una hora de retraso podría tener consecuencias irreparables. ¿Quién sabe cuánto tiempo tardará mi hija en recuperarse lo suficiente como para reanudar el trayecto? He de dejarla aquí. No puedo ni me atrevo a demorarme. ¿Podéis decirme, señor, a qué distancia se encuentra el pueblo más próximo? Es necesario que la lleve hasta allí y no podré verla ni saber acerca de ella hasta mi regreso, dentro de tres meses.

Llamé la atención de mi padre, tirándole del abrigo y le susurré encarecidamente al oído:

—¡Oh, papá! Os lo ruego, pedidle que la deje con nosotros... Sería maravilloso. Hacedlo, por favor.

—Si la señora quisiese confiar su niña a los cuidados de mi hija y de su buena *gouvernante*, Madame Perrodon, y le permitiera ser nuestra huésped, bajo mi responsabilidad, hasta su regreso, lo consideraríamos una distinción a la que haríamos honor tratándola con todas las atenciones y devoción que merece tan bendita confianza.

—No puedo aceptar, señor, pues sería abusar en demasía de su amabilidad y caballerosidad —respondió la dama, algo confusa.

—Al contrario, nos haríais un gran favor justo en el momento en el que más lo necesitamos. Mi hija acaba de sufrir un profundo golpe, pues ha visto frustrada una visita que, desde hace tiempo, le había hecho albergar esperanzas e ilusión. Si confiáis vuestra hija a nuestros cuidados, este será su mayor consuelo. El pueblo más cercano en vuestro camino queda lejos y no hay allí posada alguna en la que pudierais dejar a vuestra hija. Y tampoco podéis

---

como la irrupción súbita de la sangre o las tonalidades de color chirriante y exótico del mobiliario de interior.

permitir que continúe su viaje durante un trayecto considerable sin ponerla en peligro. Si, como decís, os resulta imposible suspender vuestro viaje, no os queda otra que separaros de ella esta noche. No encontraréis un lugar que os ofrezca mayores y más razonables garantías de cuidado y cariño que nuestro hogar.

Obviando la suntuosidad de su séquito, había algo tan sumamente distinguido e incluso tan imponente en el porte y figura de aquella dama, algo tan fascinante quizás, que llegaba a impresionar y era muestra inequívoca de que se trataba de una persona de alto rango.

Para entonces, el carruaje volvía a estar en pie y los caballos, dóciles ya, estaban sujetos a sus tiros de nuevo.

La dama dirigió a su hija una mirada que no me pareció en absoluto tan afectuosa como era de esperar después de la terrible escena que acababa de acontecer. A continuación, con discreción, hizo un gesto a mi padre y ambos se retiraron dos o tres pasos, fuera del alcance de nuestros oídos; entonces, ella le habló con expresión impasible y severa, muy poco acorde con la que había mostrado hasta entonces<sup>9</sup>.

Me sorprendió que mi padre no hubiera percibido aquel cambio y también me asaltó una indecible curiosidad por saber qué le estaba diciendo, casi al oído, con tanto afán y precipitación.

Dos o tres minutos a lo sumo, calculo, empleó en aquel momento. Luego se volvió y caminó unos cuantos pasos hasta donde

---

<sup>9</sup> A pesar de que Laura parece estar siempre fuera del alcance de la información esencial —es espectadora de los constantes intercambios de palabras en susurro, las conversaciones veladas entre los personajes que deciden qué paso dar o la revelación por parte de las voces de la experiencia—, ella goza de un privilegio sin par al ser testigo en primera persona de la verdad, como confidente de la vampira durante el proceso de iniciación.

se encontraba su hija, en brazos de Madame Perrodon. Se arrodilló a su lado un instante y le susurró al oído, según supuso Madame, una breve bendición. Después, tras un beso apresurado, subió al carruaje; se cerró la portezuela; los lacayos, con espléndidas libreas, saltaron al pescante; los escoltas picaron espuelas; los posillones hicieron restallar sus látigos, los caballos corcovearon y se lanzaron de súbito a un brioso trote abocado a convertirse en galope de nuevo, y el carruaje se alejó precipitadamente, seguido, a igual velocidad de relámpago, por los dos caballeros que cerraban la comitiva.